

Gen 17,3-9 Jn 8,51-59

Dijo Jesús a los judíos: “El que guarda mi palabra no probará la muerte jamás.” Los judíos replicaron: “Ahora sabemos que eres víctima de un mal espíritu. Abrahán murió y también los profetas, ¿y tú dices: «Quién guarda mi palabra jamás probará la muerte»? ¿Eres tú más grande que nuestro padre Abrahán, que murió, lo mismo que murieron los Profetas? ¿Quién te crees?”

Jesús les contestó: “Si yo me doy gloria a mí mismo, mi gloria no vale nada; es el Padre quien me da gloria, el mismo que ustedes llaman «nuestro Dios». Ustedes no lo conocen, yo sí lo conozco, y si dijera que no lo conozco, sería un mentiroso como ustedes. Pero yo lo conozco y guardo su palabra. En cuanto a Abrahán, padre de ustedes, se alegró pensando ver mi día. Lo vio y se regocijó.”

Entonces los judíos le dijeron: “¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán?” Contestó Jesús: “En verdad les digo que antes que Abrahán existiera, Yo soy.” Entonces tomaron piedras para lanzárselas, pero Jesús se ocultó y salió del Templo.

Hay una diferencia de conocimiento radical entre Jesús y los judíos. Jesús conoce a Dios, tiene una profunda e íntima experiencia que le permite hablar de él como Padre, como Dios de la Vida. Desde esa experiencia sabe que la muerte ya no es para siempre. Los judíos, por su parte, han estudiado los textos sagrados, han memorizado las normas y las cumplen escrupulosamente. Pero todo eso no significa conocer a Dios, haberse encontrado con él. A nosotros, cristianos, nos puede pasar lo mismo.

Hay que pasar del conocimiento y cumplimiento a la experiencia del encuentro personal. Ahí empieza la aventura maravillosa de ser cristiano.

El nivel del enfrentamiento entre Jesús y los judíos crece sin parar. Si ayer bastó con que Jesús saliera del templo para que la persecución se detuviese, hoy es necesario que Jesús salga de Jerusalén y huya "al otro lado del Jordán". Tuvo que ir al desierto. El desierto es un lugar ambiguo. Para Jesús fue sin duda una oportunidad para encontrarse en soledad y preguntarse qué estaba haciendo de su vida, si aquello tenía sentido. Era, también, su oportunidad para huir. Cerca del desierto había otros pueblos quizá más acogedores. Pero Jesús era fiel a su misión. Volvió a Jerusalén y se enfrentó con lo que lo estaba esperando. Fiel hasta el final.

En aquel tiempo, los judíos tomaron de nuevo piedras para tirárselas. Jesús les dijo: "He hecho delante de ustedes muchas obras hermosas que procedían del Padre; ¿por cuál de ellas me quieren apedrear?" Los judíos respondieron: "No te apedreamos por algo hermoso que hayas hecho, sino por insultar a Dios; porque tú, siendo hombre, te haces Dios."

Jesús les contestó: "¿No está escrito en su Ley: «Yo he dicho que son dioses?» No se puede cambiar la Escritura, y en ese lugar llama dioses a los que recibieron esta palabra de Dios. Yyo, que fui consagrado y enviado al mundo por el Padre, ¿estaría insultando a Dios al decir que soy el Hijo de Dios? Si yo no hago las obras del Padre, no me crean. Pero si las hago, si no me creen a mí, crean a esas obras, para que sepan y reconozcan que el Padre está en mí y yo en el Padre."

Otra vez quisieron llevarlo preso, pero Jesús se les escapó de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba al principio, y se quedó allí. Mucha gente acudió a él, y decían: "Juan no hizo ninguna señal milagrosa, pero todo lo que dijo de éste era verdad." Y muchos creyeron en él en aquel lugar.

Muchos judíos que habían ido a casa de María creyeron en Jesús al ver lo que había hecho.

Algunos, sin embargo, fueron a ver a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho.

Entonces los jefes de los sacerdotes y los fariseos convocaron el Consejo y preguntaban: "¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos que siga así, todos van a creer en él, y luego intervendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación."

Entonces habló uno de ellos, Caifás, que era el sumo sacerdote aquel año, y dijo: "Ustedes no entienden nada. No se dan cuenta de que es mejor que muera un solo hombre por el pueblo y no que perezca toda la nación."

Estas palabras de Caifás no venían de sí mismo, sino que, como era sumo sacerdote aquel año, profetizó en aquel momento; Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos.

Y desde ese día estuvieron decididos a matarlo. Jesús ya no podía moverse libremente como quería entre los judíos. Se retiró, pues, a la región cercana al desierto y se quedó con sus discípulos en una ciudad llamada Efraín.

Se acercaba la Pascua de los judíos, y de todo el país venían a Jerusalén para purificarse antes de la Pascua. Buscaban a Jesús y se decían unos a otros en el Templo: "¿Qué les parece? ¿Vendrá a la fiesta?" Pues los jefes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes, y si alguien sabía dónde se encontraba Jesús, debía notificarlo para que fuera arrestado.

La decisión ya estaba tomada pero hacía falta que se reuniesen los consejos de gobierno. En realidad, hacía falta encontrar las razones oficiales para eliminar a Jesús. Quizá nos duela el pensar que Jesús es una más de las víctimas de la razón de estado...

¿Qué estaban defendiendo aquellos gobernantes judíos? ¿El bienestar del pueblo o su puesto de poder? Siempre nos quedará la duda. Los que gobiernan saben vestir muy bien como necesidades públicas lo que son sólo sus propios intereses. ¿No tendríamos que ser los cristianos más críticos con nuestros gobernantes? Para que sirvan de verdad al pueblo.

Jesús volvió a Jerusalén. Claro que volvió. Y decidió hacer una entrada a lo grande. Tenía sus partidarios y, luego, ya se sabe que el pueblo se anota siempre en la fiesta y el jolgorio. Pero es sólo el principio glorioso de un final que no tendrá nada de glorioso. La liturgia nos lo recuerda hoy claramente. La misa empieza con la procesión de los Ramos y el relato glorioso de la entrada en Jerusalén. Pero sigue con el relato de la Pasión, anticipo de la celebración del Viernes Santo. No es un día para tomar en broma. Empieza una semana que es una oportunidad para todos nosotros de meditar en silencio el mayor misterio de amor.



Is 50,4-7 El Señor Yavé me ha concedido el poder hablar como su discípulo. Yha puesto en mi boca las palabras para fortalecer al que está aburrido. Ala mañana él despertará mi mente y lo escucho como lo hacen los discípulos. El Señor Yavé me ha abierto los oídos y yo no me resistí ni me eché atrás. He ofrecido mi espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a quienes me tiraban la barba, y no oculté mi rostro ante las injurias y los escupitajos. El Señor Yavé está de mi parte, y por eso no me molestan las ofensas; por eso, puse mi cara dura como piedra. y yo sé que no quedaré frustrado.

Fl 2,6-11 Él, siendo de condición divina, no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se redujo a nada, tomando la condición de servidor, y se hizo semejante a los hombres. Y encontrándose como uno de ellos, se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte en una cruz. Por eso Dios lo engrandeció y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y entre los muertos, y toda lengua proclame que Cristo Jesús es Señor, para gloria de Dios Padre.

Lc 23,1-49 Llegada la hora, Jesús se sentó a la mesa con los apóstoles y les dijo: "Yo tenía gran deseo de comer esta Pascua con ustedes antes de padecer. Porque, se lo digo, ya no la volveré a comer hasta que sea la nueva y perfecta Pascua en el Reino de Dios."

Jesús, aceptando una copa, dio gracias y les dijo: "Tomen esto y repártanlo entre ustedes, porque les aseguro que ya no volveré a beber del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios." Después tomó pan y, dando gracias, lo partió y se lo dio diciendo: "Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes. Hagan esto en memoria mía." Hizo lo mismo con la copa después de cenar, diciendo: "Esta copa es la alianza nueva sellada con mi sangre, que es derramada por ustedes". (...) Era mediodía; se ocultó el sol y todo el territorio quedó en tinieblas hasta media tarde. El velo del templo se rasgó por el medio. Jesús gritó con voz fuerte: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Dicho esto, expiró.

SEMANA SANTA

San Vicente Ferrer

Is 42,1-7 Jn 12,1-11

La escena en la casa de Lázaro tiene muchos visos de ser real. Al igual que el mismo Jesús sabía que su vida estaba en peligro y que el fin estaba cerca, sus amigos también se darían cuenta de ello. Los que lo querían estarían ya sufriendo por dentro. Sabían que el enfrentamiento con los jefes de los judíos era ya tan fuerte que no había más que una salida. Y Jesús era la parte más débil. Por eso este gesto de cariño inusitado por parte de María. El perfume y las caricias son expresión de un amor profundo. Aquella mujer había entendido lo que es realmente amar y no quería que Jesús se fuese sin habérselo dicho de la forma más elocuente posible.

Seis días antes de la Pascua fue Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Allí lo invitaron a una cena. Marta servía y Lázaro estaba entre los invitados. María, pues, tomó una libra de un perfume muy caro, hecho de nardo puro, le ungió los pies a Jesús y luego se los secó con sus cabellos, mientras la casa se llenaba del olor del perfume.

Judas Iscariote, el discípulo que iba a entregar a Jesús, dijo: "Ese perfume se podría haber vendido en trescientas monedas de plata para ayudar a los pobres." En realidad no le importaban los pobres, sino que era un ladrón y, como estaba encargado de la bolsa común, se llevaba lo que echaban en ella.

Pero Jesús dijo: "Déjala, pues lo tenía reservado para el día de mi entierro. A los pobres los tienen siempre con ustedes, pero a mí no me tendrán siempre."

Muchos judíos supieron que Jesús estaba allí y fueron, no sólo por ver a Jesús, sino también por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Entonces los jefes de los sacerdotes pensaron en dar muerte también a Lázaro, pues por su causa muchos judíos se alejaban de ellos y creían en Jesús.

SEMANA SANTA

Is 49,1-6 Jn 13,21-33.36-38

En aquel tiempo, Jesús se estremeció por dentro y declaró: "Les aseguro que uno de ustedes me entregará." Los discípulos se miraban unos a otros sin saber por quién lo decía.

Uno de los discípulos, el más amigo de Jesús, estaba reclinado a su derecha. Simón Pedro le hace un gesto y le dice: "Averigua a quién se refiere." Él se inclinó hacia el costado de Jesús y le dijo: "Señor, ¿quién es?" Le responde Jesús: "Aquel a quien le dé un trozo de pan remojado." Remojó el pan y se lo dio a Judas el de Simón Iscariote. Detrás del bocado entró en él Satanás. Jesús le dice: "Lo que tienes que hacer hazlo pronto." Ninguno de los comensales comprendió por qué lo decía. Algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, Jesús le había encargado comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Y en seguida, después de recibir el bocado, Judas salió. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús: "Ahora ha sido glorificado este Hombre y Dios ha sido glorificado por él. Si Dios ha sido glorificado por él, también Dios lo glorificará por sí, y lo hará pronto. Hijitos, todavía estaré un poco con ustedes; me buscarán y, como dije a los judíos también lo digo ahora, a donde yo voy ustedes no pueden venir." Le dice Simón Pedro: "Señor, ¿adónde vas?" Le respondió Jesús: "Adonde yo voy no puedes seguirme por ahora, me seguirás más tarde." Le dice Pedro: "Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti." Le contesta Jesús: "¿Que darás la vida por mí? Te aseguro que antes de que cante el gallo, me negarás tres veces."

Leyendo este Evangelio parece que ya tenemos al culpable. Fue Judas.

No hay duda. Ya podemos descansar tranquilos. Judas fue el traidor. Los demás respiramos aliviados. Así suele suceder. Se busca un macho cabrío, uno que pague por los demás. Y nos olvidamos de que, aunque fue él quien puso la mano en el gatillo, todos pusimos suficiente cobardía, odio o vaya a saber qué como para que el homicidio se llevara a cabo. Así que, mejor, guardamos silencio. No vaya a ser que Jesús nos diga como a Pedro: ¿Así que vas a dar tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces...

San Juan Bautista de la Salle

Is 50,4-9 Mt 26,14-25

De nuevo se repite el tema de la traición. Ahora conocemos el precio de Jesús. Dice el Evangelio que los sumos sacerdotes se arreglaron con Judas en treinta monedas. Es de suponer que hubo regateo. Al fin y al cabo, el precio fijo en el mercado es un invento del último siglo. ¿Qué se puede sentir al regatear el precio de una persona como si fuese una cosa? Estamos en una semana importante, pero ya hay que sacar conclusiones: jamás tratar a una persona como si fuese una cosa. Hasta el señor de la boletería del subte o del tren tiene derecho a una sonrisa y un "buenos días". No vaya a ser que lo confundamos con una máquina expendedora de pasajes.

En aquel tiempo, uno de los Doce, que se llamaba Judas Iscariote, se presentó a los jefes de los sacerdotes y les dijo: "¿Cuánto me darán si se lo entrego?" Ellos prometieron darle treinta monedas de plata. Ya partir de ese momento, Judas andaba buscando una oportunidad para entregárselo.

El primer día de la Fiesta en que se comía el pan sin levadura, los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: "¿Dónde quieres que preparemos la comida de la Pascua?" Jesús contestó: "Vayan a la ciudad, a casa de tal hombre, y díganle: «El Maestro te manda decir: Mi hora se acerca y quiero celebrar la Pascua con mis discípulos en tu casa.»"

Los discípulos hicieron tal como Jesús les había ordenado y prepararon la Pascua.

Llegada la tarde, Jesús se sentó a la mesa con los Doce. Y mientras comían, les dijo: "En verdad les digo: uno de ustedes me va a traicionar." Se sintieron profundamente afligidos, y uno a uno comenzaron a preguntarle: "¿Seré yo, Señor?"

Él contestó: "El que me va a entregar es uno de los que mojan su pan conmigo en el plato. El Hijo del Hombre se va, como dicen las Escrituras, pero ¡pobre de aquel que entrega al Hijo del Hombre! ¡Sería mejor para él no haber nacido!" Judas, el que lo iba a entregar, le preguntó también: "¿Seré yo acaso, Maestro?" Jesús respondió: "Tú lo has dicho."

Ex 12,1-8.11-14 1Cor 11,23-26 Jn 13,1-15

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, después de haber amado a los suyos del mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando el diablo había sugerido a Judas Iscariote que lo entregara, sabiendo que todo lo había puesto el Padre en sus manos, que había salido de Dios y volvía a Dios, se levantó de la mesa, se quitó el manto, y tomando una toalla, se la ató a la cintura. Después echó agua en un recipiente y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura.

Llegó a Simón Pedro, el cual le dijo: "Señor, ¿tú me vas a lavar los pies?" Jesús respondió: "Lo que yo hago no lo entiendes ahora, más tarde lo entenderás." Replicó Pedro: "No me lavarás los pies jamás." Le respondió Jesús: "Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo." Le dijo Simón Pedro: "Señor, si es así, no sólo los pies, sino las manos y la cabeza." Le respondió Jesús: "El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque está completamente limpio. Ustedes están limpios, aunque no todos."

Conocía al que lo iba a entregar y por eso dijo que no todos estaban limpios. Después de haberles lavado los pies, se puso el manto, volvió a la mesa y les dijo: "¿Comprenden lo que acabo de hacer? Ustedes me llaman maestro y señor, y dicen bien. Pero si yo, que soy maestro y señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes."

La liturgia de este día nos ofrece una variante sorprendente: el sacerdote imita prácticamente el gesto de Jesús y lava los pies a doce personas de la comunidad. Un gesto que habla por sí mismo. En los tiempos de Jesús y en los actuales. Todos los sacerdotes pasamos por ahí. Tengamos la categoría que tengamos.

Como los políticos en campaña electoral se ven obligados a salir del coche oficial y saludar a la gente por las calles, así también, al menos un día al año, la liturgia nos recuerda a los sacerdotes que estamos para servir a la comunidad y nada más. Porque amar es servir. (¡Es que a Jesús se le ocurre cada cosa!)

Is 52,13-53,12 Heb 4,14-16;5,7-9 Jn 18,1-19,42

Hoy, a diferencia de cualquier domingo, la Iglesia no nos obliga a participar en los oficios. Pero no sólo deberíamos ir con la comunidad a recordar la muerte del Señor. Conviene también que nos tomemos un tiempo y leer sin apuros el relato de la Pasión del Señor. Hay que buscar un sitio tranquilo y en paz. Quizá sea también la oportunidad para leerlo en familia y compartir por una vez la fe que tenemos todos los miembros de la familia. Yorar juntos por la paz en el mundo, por el fin de la violencia. Será sin duda una de las formas más hermosas de hacer memoria de Jesús de Nazaret, el que pasó haciendo el bien y dio la vida por nosotros.

Jesús pasó con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón. Había allí un huerto, y Jesús entró en él con sus discípulos. Judas, el que lo entregaba, conocía también ese lugar, pues Jesús se había reunido allí muchas veces con sus discípulos. Judas hizo de guía a los soldados romanos y a los guardias enviados por los jefes de los sacerdotes y los fariseos, que llegaron allí con linternas, antorchas y armas. Jesús, que sabía todo lo que le iba a suceder, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscan?" Contestaron: "A Jesús el Nazoreo." Jesús dijo: "Yo soy." Y Judas, que lo entregaba, estaba allí con ellos. (...)

Después, sabiendo que todo había terminado, para que se cumpliese la Escritura, Jesús dijo: "Tengo sed." Había allí un jarro lleno de vinagre. Empaparon una esponja en vinagre, la sujetaron a una caña y se la acercaron a la boca. Jesús tomó el vinagre y dijo: "Todo se ha cumplido." Dobló la cabeza y entregó el espíritu. (...) El que lo vio lo atestigua y su testimonio es verdadero; el sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean.

Gen 1,1-2,2 Ex 14,15-15,1 Lc 24,1-12

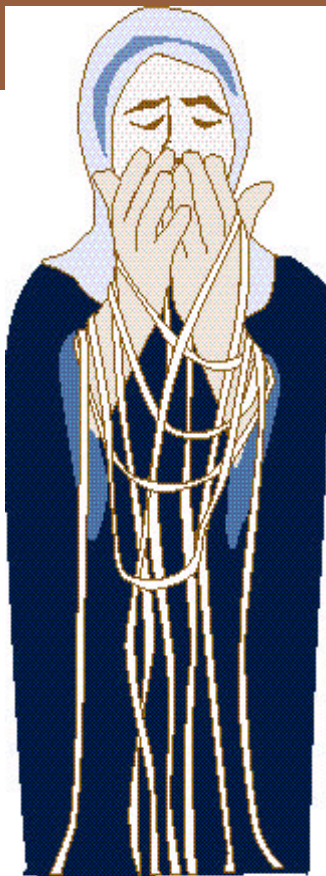
El primer día de la semana, muy temprano, fueron las mujeres al sepulcro, llevando los perfumes que habían preparado. Pero se encontraron con una novedad: la piedra que cerraba el sepulcro había sido removida, y al entrar no encontraron el cuerpo del Señor Jesús.

No sabían qué pensar, pero en ese momento vieron a su lado a dos hombres con ropas fulgurantes. Estaban tan asustadas que no se atrevían a levantar los ojos del suelo. Pero ellos les dijeron: "¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí. Resucitó. Acuérdense de lo que les dijo cuando todavía estaba en Galilea: «El Hijo del Hombre debe ser entregado en manos de los pecadores y ser crucificado, y al tercer día resucitará.»" Ellas entonces recordaron las palabras de Jesús.

Al volver del sepulcro, les contaron a los Once y a todos los demás lo que les había sucedido. Las que hablaban eran María de Magdala, Juana y María, la madre de Santiago. También las demás mujeres que estaban con ellas decían lo mismo a los apóstoles. Pero no les creyeron, y esta novedad les pareció puros cuentos. Pedro, sin embargo, se levantó y fue corriendo al sepulcro; se agachó y no vio más que los lienzos, por lo que volvió a casa preguntándose por lo ocurrido.

La noticia es increíble. Jamás se ha dicho algo parecido. Ya se había visto resucitar algún muerto. Jesús incluso había obrado milagros de ese tipo. Recordemos a Lázaro o al hijo de la viuda de Naím. Pero cuando las mujeres fueron a decir a los discípulos que Jesús había resucitado, (cuando nosotros lo oímos) entendieron (y entendemos) algo totalmente diferente... Jesús no vuelve otra vez a esta vida. Dios lo ha resucitado a una vida más plena, a una vida diferente. Poco más podemos decir. Pero nos llena de una gran alegría porque es una vida que se sitúa más allá de la muerte, la gran enemiga de la humanidad.

Lo de este domingo no es más que la confirmación oficial de lo que ya sabíamos desde ayer. Pedro y el otro discípulo fueron al sepulcro. Claro, no bastaba la palabra de unas pobres mujeres. Ya se sabe que las mujeres eran (en el mundo judío) ciudadanas de segunda clase. Pedro y el otro fueron allí. Y no vieron a Jesús ni a los ángeles, como aseguraban las mujeres, pero encontraron el sepulcro vacío. Vieron y creyeron. No sabían explicarse muy bien. Pero parece que por fin entendieron lo que dice la Escritura: que Jesús había de resucitar de entre los muertos. ¡Aleluya!



Hch 10, 34-37-43

Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: "Ustedes ya saben lo que ha sucedido en todo el país judío, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Jesús de Nazaret fue consagrado por Dios, que le dio Espíritu Santo y poder. Y como Dios estaba con él, pasó haciendo el bien y sanando a los oprimidos por el diablo. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en el país de los judíos y en la misma Jerusalén. Al final lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se dejara ver, no por todo el pueblo, sino por los testigos que Dios había escogido de antemano, por nosotros, que comimos y bebimos con él después de que resucitó de entre los muertos. Él nos ordenó predicar al pueblo y dar testimonio de que Dios lo ha constituido Juez de vivos y muertos. A Él se refieren todos los profetas al decir que quien cree en él recibe por su Nombre el perdón de los pecados."

Si han sido resucitados con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Preocúpense por las cosas de arriba, no por las de la tierra. Pues han muerto, y su vida está ahora escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste el que es nuestra vida, también ustedes se verán con él en la gloria.

Col 3,1-4

Jn 20,1-9

El primer día después del sábado, María Magdalena fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, y vio que la piedra que cerraba la entrada del sepulcro había sido removida. Fue corriendo en busca de Simón Pedro y del otro discípulo a quien Jesús amaba y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto."

Pedro y el otro discípulo salieron para el sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió más que Pedro y llegó primero al sepulcro. Como se inclinara, vio los lienzos caídos, pero no entró. Pedro llegó detrás, entró en el sepulcro y vio también los lienzos caídos. El sudario con que le habían cubierto la cabeza no se había caído como los lienzos, sino que se mantenía enrollado en su lugar. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero, vio y creyó. Pues no habían entendido todavía la Escritura: ¡él "debía" resucitar de entre los muertos!

Hch 2,14.22-32 Mt 28,8-15

Hay que subrayar el hecho de que fuese el grupo de mujeres discípulas las que primero se encontrasen con Jesús Resucitado. Aunque hasta nuestros días la Iglesia ha sido dominada por los hombres, hay que poner de relieve el hecho de que los primeros testigos de la resurrección fueron sus discípulas. Habría que repensar el papel de la mujer en la Iglesia, que algunos quieren relegar al papel de madre. Jesús las quiso evangelizadoras, anunciadoras activas del mensaje. Tanto que evangelizaron a los mismos apóstoles. Quizá recientes decisiones sobre el sacerdocio de la mujer deberían ser repensadas desde esta perspectiva.

En aquel tiempo, las mujeres se fueron al instante del sepulcro, con temor, pero con una alegría inmensa a la vez, y corrieron a llevar la noticia a los discípulos.

En eso Jesús les salió al encuentro en el camino y les dijo: "Paz a ustedes." Las mujeres se acercaron, se abrazaron a sus pies y lo adoraron. Jesús les dijo: "No tengan miedo. Vayan ahora y digan a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allí me verán."

Mientras las mujeres iban, unos guardias corrieron a la ciudad y contaron a los jefes de los sacerdotes todo lo que había pasado. Estos se reunieron con las autoridades judías y acordaron dar a los soldados una buena cantidad de dinero para que dijeran: "Los discípulos de Jesús vinieron de noche y, como estábamos dormidos, robaron el cuerpo. Si esto llega a oídos de Pilato, nosotros lo arreglaremos para que no tengan problemas." Los soldados recibieron el dinero e hicieron como les habían dicho. De ahí salió la mentira que ha corrido entre los judíos hasta el día de hoy.

Hch 2,36-41 Jn 20,11-18

En aquel tiempo, María se quedaba llorando afuera, junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó para mirar adentro y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. Le dijeron: "Mujer, ¿por qué lloras?" Les respondió: "Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto."

Dicho esto, se dio vuelta y vio a Jesús allí, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Ella creyó que era el cuidador del huerto y le contestó: "Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré."

Jesús le dijo: "María". Ella se dio la vuelta y le dijo: "Rabboni", que quiere decir "Maestro". Jesús le dijo: "Suéltame, pues aún no he subido al Padre. Pero vete a ver a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes."

María Magdalena se fue y dijo a los discípulos: "He visto al Señor y me ha dicho esto."

María llora desconsoladamente al lado del sepulcro. Es como si se le hubiese muerto una parte de ella misma. Pero el encuentro con Jesús la reanima. La resurrección de Jesús se convierte en su misma resurrección. La que estaba doblada sobre sí, llorando, se levanta, cobra vida, recupera sus fuerzas y siente toda la energía expansiva de la vida. El encuentro con Jesús hace que la persona se sienta enviada a anunciar a los hermanos: "He visto al Señor". Los hermanos le creerían no sólo por sus palabras sino por el cambio en su actitud vital. Porque la que estaba como muerta ha resucitado. Es que la resurrección de Jesús es nuestra vida.

No hay duda de que el sacramento mayor para el cristiano es, o debería ser, la celebración de la Eucaristía. En ella experimentamos en comunidad el encuentro con el Señor Resucitado. Los que venimos de muchas partes nos hacemos un solo cuerpo con Cristo. Escuchamos su palabra y, como los de Emaús, sentimos que nuestro corazón arde mientras nos habla. Compartimos el pan que es su cuerpo y es nuestro cuerpo. Con él nos comprometemos a seguirlo y él se compromete a estar con nosotros. Eso es lo que celebramos cada día en la Eucaristía y eso es lo que nos cuenta este hermoso relato de los dos caminantes de Emaús.

Dos discípulos se dirigían a un pueblecito llamado Emaús, que está a unos doce kilómetros de Jerusalén, e iban conversando sobre todo lo que había ocurrido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar con ellos, pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran.

Él les dijo: “¿De qué van discutiendo por el camino?” Se detuvieron, y parecían muy desanimados. Uno de ellos, llamado Cleofás, le contestó: “¿Cómo? ¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén que no está enterado de lo que ha pasado aquí estos días?” “¿Qué pasó?”, les preguntó. Le contestaron: “¡Todo el asunto de Jesús Nazareno!” (...)

Entonces él les dijo: “¡Qué poco entienden ustedes y qué lentos son sus corazones para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No tenía que ser así y que el Mesías padeciera para entrar en su gloria?” Y les interpretó lo que se decía de él en todas las Escrituras, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas.

Al llegar cerca del pueblo al que iban, hizo como que quisiera seguir adelante, pero ellos le insistieron diciendo: “Quédate con nosotros, ya está cayendo la tarde y se termina el día.” Entró, pues, para quedarse con ellos.

Y mientras estaba en la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. En ese momento se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció. Entonces se dijeron el uno al otro: “¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”

En aquel tiempo los discípulos estaban hablando de todo lo que les había pasado por el camino cuando Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: “Paz a ustedes.” Quedaron atónitos y asustados, pensando que veían algún espíritu, pero él les dijo: “¿Por qué se desconciertan? ¿Cómo se les ocurre pensar eso? Miren mis manos y mis pies: soy yo. Tóquenme y fíjense bien que un espíritu no tiene carne ni huesos, como ustedes ven que yo tengo.” (Y dicho esto les mostró las manos y los pies.)

Y como no acababan de creerlo por su gran alegría y seguían maravillados, les dijo: “¿Tienen aquí algo que comer?” Ellos, entonces, le ofrecieron un pedazo de pescado asado y una porción de miel; lo tomó y lo comió delante ellos.

Jesús les dijo: “Todo esto se lo había dicho cuando estaba todavía con ustedes; tenía que cumplirse todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos referente a mí.”

Entonces les abrió la mente para que entendieran las Escrituras. Les dijo: “Todo esto estaba escrito: los padecimientos del Mesías y su resurrección de entre los muertos al tercer día. Luego debe proclamarse en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados, comenzando por Jerusalén, y yendo después a todas las naciones, invitándolas a que se conviertan. Ustedes son testigos de todo esto.”

Esta claro que Jesús no es un fantasma. Que no nos confundan esas estampas que andan por ahí en la que se lo ve rodeado de rayos de luz. Su presencia comunica paz, amistad, cercanía.

Se aparece a los discípulos, se sienta con ellos a comer, les explica de nuevo las Escrituras.

Pero al mismo tiempo, es una presencia que no pertenece a este mundo.

Su vida es una vida diferente. Los Evangelios no explican mucho más. Lo que también es común en todas las apariciones es el envío. El encuentro entre Jesús y los discípulos termina casi siempre con un envío a predicar a todos los hombres y mujeres la buena nueva de la salvación.

Hch 4,1-12 Jn 21,1-14

La muerte de Jesús provocó sin duda el desánimo entre los discípulos. El evangelio de Juan los hace volver a sus antiguos trabajos: la pesca en el lago de Tiberíades. Ahí es donde los va a buscar el Resucitado. Se produce, de alguna manera, una segunda llamada. Ahora no hace falta repetir aquello de que "de ahora en adelante serán pescadores de hombres". Se da por supuesto. Los discípulos no se atreven a pronunciar palabra. Son muchos los recuerdos que vienen a su mente. Entienden ahora muchas cosas que en su momento les habían quedado oscuras. Ahora saben bien que es el Señor.

Jesús se apareció otra vez a sus discípulos en la orilla del lago de Tiberíades. Y se hizo presente como sigue: Estaban reunidos Simón Pedro, Tomás el Mellizo, Natanael, de Caná de Galilea, los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: "Voy a pescar." Contestaron: "Vamos también nosotros contigo." Salieron, pues, y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada. Al amanecer, Jesús estaba parado en la orilla, pero los discípulos no sabían que era él. Jesús les dijo: "Muchachos, ¿tienen algo que comer?" Le contestaron: "Nada." Entonces Jesús les dijo: "Echen la red a la derecha y encontrarán pesca." Echaron la red, y no tenían fuerzas para recogerla por la gran cantidad de peces. El discípulo al que Jesús amaba dijo a Pedro: "Es el Señor." Apenas Simón Pedro oyó decir que era el Señor, se recogió los faldones de su vestido pues no tenía nada debajo, y se echó al agua. Los otros discípulos llegaron con la barca -de hecho, no estaban lejos, a unos cien metros de la orilla; arrastraban la red llena de peces. Al bajar a tierra encontraron fuego encendido, pescado sobre las brasas y pan. Jesús les dijo: "Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar." Simón Pedro subió a la barca y sacó la red llena con ciento cincuenta y tres pescados grandes. Y, a pesar de que hubiese tantos, no se rompió la red. Entonces Jesús les dijo: "Vengan a desayunar". Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle quién era, pues sabían que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan y se lo repartió. Lo mismo hizo con los pescados. Esta fue la tercera vez que Jesús se manifestó a sus discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Hch 4,13-21 Mc 16,9-15

Jesús resucitó en la madrugada del primer día de la semana. Se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a los que habían sido compañeros de Jesús y que estaban tristes y lo lloraban. Pero al oírle decir que vivía y que lo había visto, no le creyeron.

Después Jesús se apareció, bajo otra figura, a dos de ellos que se dirigían a un pueblito. Volvieron a contárselo a los demás, pero tampoco les creyeron.

Por último se apareció a los once discípulos mientras comían, y los reprendió por su falta de fe y por su dureza para creer a los que lo habían visto resucitado.

Y les dijo: "Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación."

Termina una semana importante en la que la liturgia nos ha ido ofreciendo todas las apariciones de Jesús a los discípulos y discípulas. Como colofón, la síntesis que nos ofrece el evangelio de Marcos. Es una buena síntesis. La primera aparición a las mujeres. El inicial rechazo de los discípulos. Es que la novedad no es fácil de aceptar y menos la increíble novedad que supone la resurrección. Yel envío a proclamar el

Evangelio a toda la creación. Sólo subrayar que no dice a todos los hombres y mujeres sino a toda la creación. La salvación es cósmica, universal. Cuidar y alentar la vida de la creación es también contribuir al Reino.

La actitud de Tomás es un signo de que no fue fácil para los discípulos aceptar el hecho de la resurrección. El evangelista se aprovecha de esa situación para decirnos algo muy importante: Jesús no es un espíritu. El Resucitado tiene cuerpo. Es uno de los nuestros. Hay que señalar las diferencias pero también las coincidencias. Es el mismo Jesús, el que caminó con ellos, el que sufrió el tormento de la cruz. Pero ahora vive una vida diferente. Tanto que las barreras físicas no tienen valor para él. Como siempre, la finalidad de todos estos relatos es que creamos que Jesús es el hijo de Dios y, creyendo, tendremos vida en su nombre.



Hch 5,12-16

Por obra de los apóstoles se producían en el pueblo muchas señales milagrosas y prodigios. Los creyentes se reunían de común acuerdo en el pórtico de Salomón, y nadie de los otros se atrevía a unirse a ellos, pero el pueblo los tenía en gran estima. Más aún, cantidad de hombres y mujeres llegaban a creer en el Señor, aumentando así su número. La gente incluso sacaba a los enfermos a las calles y los colocaba en camas y camillas por donde iba a pasar Pedro, para que por lo menos su sombra cubriera a alguno de ellos. Acudían multitudes de las ciudades vecinas a Jerusalén trayendo a sus enfermos y a personas atormentadas por espíritus malos, y todos eran sanados.

Al anochecer de aquel día, el primero después del sábado, los discípulos estaban reunidos por la tarde con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se puso de pie en medio de ellos y les dijo: "¡La paz esté con ustedes!" Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron mucho al ver al Señor.

Jesús les volvió a decir: "¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, así los envío yo también." Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo: a quienes descarguen de sus pecados, serán liberados, y a quienes se los retengan, les serán retenidos." Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron: "Hemos visto al Señor." Pero él contestó: "Hasta que no vea la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en el agujero de los clavos y no introduzca mi mano en la herida de su costado, no creeré." Ocho días después, los discípulos de Jesús estaban otra vez en casa, y Tomás con ellos. Estando las puertas cerradas, Jesús vino y se puso en medio de ellos. Les dijo: "La paz esté con ustedes." Después dijo a Tomás: "Pon aquí tu dedo y mira mis manos; extiende tu mano y métela en mi costado. Deja de negar y cree." Tomás exclamó: "Tú eres mi Señor y mi Dios." Jesús replicó: "Crees porque me has visto. ¡Felices los que no han visto, pero creen!"

Muchas otras señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Crean, y tendrán vida por su Nombre.

Ap 1,9-13,17-19
Jn 20,19-31

Nicodemo se acerca a Jesús desde su sabiduría. Quiere discutir de teología con él. Y se encuentra con que Jesús lo invita a dar un paso adelante: la cuestión no es discutir sino aceptar de corazón el mensaje de Jesús. Para eso es necesario "nacer de nuevo" y, aunque Jesús no lo diga "morir a lo viejo". Hablando en plata, ¿qué quiere decir esto? A veces escuchamos el Evangelio y lo acomodamos a lo que ya pensábamos, a lo que nos parece bien. Hay que aprender a escuchar el Evangelio con toda su novedad y radicalidad. Por ejemplo, que cuando Jesús dice que hay que perdonar, es que hay que perdonar. Sin límites.

Entre los fariseos había un personaje judío llamado Nicodemo. Este fue de noche a ver a Jesús y le dijo: "Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios como maestro, porque nadie puede hacer señales milagrosas como las que tú haces, a no ser que Dios esté con él."

Jesús le contestó: "En verdad te digo que nadie puede ver el Reino de Dios si no nace de nuevo desde arriba." Nicodemo le dijo: "¿Cómo renacerá el hombre ya viejo? ¿Quién volverá al seno de su madre para nacer otra vez?" Jesús le contestó: "En verdad te digo: El que no renace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu."

No te extrañes de que te haya dicho: «Necesitan nacer de nuevo desde arriba». El viento sopla donde quiere, y tú oyes su silbido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Lo mismo le sucede al que ha nacido del Espíritu."

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: "No te extrañes de que te haya dicho: «Necesitan nacer de nuevo desde arriba». El viento sopla donde quiere, y tú oyes su silbido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Lo mismo le sucede al que ha nacido del Espíritu."

Nicodemo volvió a preguntarle: "¿Cómo puede ser eso?" Respondió Jesús: "Tú eres maestro en Israel, y ¿no sabes estas cosas?"

En verdad te digo que nosotros hablamos de lo que sabemos, y damos testimonio de lo que hemos visto, pero ustedes no aceptan nuestro testimonio. Si ustedes no creen cuando les hablo de cosas de la tierra, ¿cómo van a creer si les hablo de cosas del Cielo? Sin embargo, nadie ha subido al Cielo sino sólo el que ha bajado del Cielo, el Hijo del Hombre.

Recuerden la serpiente que Moisés hizo levantar en el desierto: así también tiene que ser levantado el Hijo del Hombre, y entonces todo el que crea en él tendrá por él vida eterna."

Dicen que un monje se acercó a su abad y le preguntó: Padre, cumplo habitualmente todas las normas y realizo todos mis deberes, ¿qué más tendría que hacer? Dicen que el monje levantó sus manos a lo alto y sus dedos se convirtieron en fuego. Y le respondió:

"Conviértete en fuego para tus hermanos".

Quizá sea eso lo que Jesús le está diciendo a Nicodemo con su "nacer de nuevo". Ser cristiano es algo más, mucho más que cumplir una serie de normas y leyes. Es amar sin medida, es vivir como hermano de todos los hombres y mujeres, es sentir la misericordia y la compasión de Dios.

Es ser fuego en un mundo que muere de frío.

El comienzo del Evangelio de hoy debería ser un tesoro en nuestra memoria. Debería resonar constantemente en nuestros oídos: "Tanto amó Dios al mundo...". Para los que siguen profetizando desdichas, para esos a los que les encanta acudir continuamente a la amenaza y usan a Dios como una especie de garrote con el que golpear a los demás y pretender que se comporten de una manera determinada, para todos ellos, estas palabras son un mentís rotundo. Dios no quiere nuestro mal. No quiere nuestra condenación. Dios quiere nuestra vida y salvación. El que ama nunca desea la muerte del amado. Y la humanidad es amada por Dios.

¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió al Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que se salve el mundo gracias a él. Para quien cree en él no hay juicio. En cambio, el que no cree ya se ha condenado, por el hecho de no creer en el Nombre del Hijo único de Dios.

Esto requiere un juicio: la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Pues el que obra el mal odia la luz y no va a la luz, no sea que sus obras malas sean descubiertas y condenadas. Pero el que hace la verdad va a la luz, para que se vea que sus obras han sido hechas en Dios.

El que viene de arriba está por encima de todos. El que viene de la tierra pertenece a la tierra y sus palabras son terrenales. El que viene del Cielo, por más que dé testimonio de lo que allí ha visto y oído, nadie acepta su testimonio. Pero aceptar su testimonio es como reconocer que Dios es veraz.

Aquel que Dios ha enviado habla las palabras de Dios, y da el Espíritu sin medida, porque el Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en sus manos. El que cree en el Hijo vive de vida eterna; en cambio, si uno no cree en el Hijo, no conocerá la vida: el juicio de Dios sigue pendiente sobre él.

Para comprender a Jesús, para comprender todo lo que ha pasado con este hombre, su vida, su muerte, su resurrección, es necesario levantar los ojos del suelo. Los que los mantienen pegados a la tierra nunca comprenderán de verdad a Jesús. Hay que ser capaz de mirar al cielo, de ver la realidad desde una perspectiva diferente. Entonces se comprende con facilidad, de golpe, como si se descorriese una cortina en un cuarto oscuro y la luz entrase de lleno por la ventana. Se ve el amor del Padre por el Hijo. Y al revés. El amor que los dos tienen por nosotros, todos los hombres y mujeres. Un amor que es vida eterna.

Con este texto comienza un largo discurso de Jesús en el evangelio de Juan. El discurso sobre el pan de vida. Es difícil de entender a veces. Pero hoy quedémonos con la frescura de la descripción tan campestre y bucólica que nos propone el evangelista. Leyendo el texto, es casi posible cerrar los ojos y ver a la gente repartida por grupos y sentada en la hierba, mientras que los apóstoles reparten panes y peces de unos canastos que parecían inagotables. Tuvo que ser un momento de fiesta y celebración grande, donde todos compartieron aquella sencilla comida más allá de cualquier consideración de clase o condición social. ¡Eso es el reino de Dios!

En aquel tiempo, Jesús pasó a la otra orilla del lago de Galilea, cerca de Tiberíades. Lo seguía un enorme gentío a causa de las señales milagrosas que le veían hacer en los enfermos. Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos. Se acercaba la Pascua, la fiesta de los judíos.

Jesús, pues, levantó los ojos y, al ver el numeroso gentío que acudía a él, dijo a Felipe: "¿Dónde iremos a comprar pan para que coma esa gente?" Se lo preguntaba para ponerlo a prueba, pues él sabía bien lo que iba a hacer. Felipe le respondió: "Doscientas monedas de plata no alcanzarían para dar a cada uno un pedazo." Otro discípulo, Andrés, hermano de Simón Pedro, dijo: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados. Pero, ¿qué es esto para tanta gente?" Jesús les dijo: "Hagan que se siente la gente."

Había mucho pasto en aquel lugar, y se sentaron los hombres en número de unos cinco mil. Entonces Jesús tomó los panes, dio las gracias y los repartió entre los que estaban sentados. Lo mismo hizo con los pescados, y todos recibieron cuanto quisieron. Cuando quedaron satisfechos, Jesús dijo a sus discípulos: "Recojan los pedazos que han sobrado para que no se pierda nada." Los recogieron y llenaron doce canastos con los pedazos que no se habían comido: eran las sobras de los cinco panes de cebada. Al ver la señal que Jesús había hecho, los hombres decían: "Este es sin duda el Profeta que había de venir al mundo." Jesús se dio cuenta de que iban a tomarlo por la fuerza para proclamarlo rey, y nuevamente huyó al monte él solo.

La visión de Jesús andando sobre las aguas no fue normal para los discípulos. De hecho, el evangelista indica que "se asustaron". Tampoco es el tipo de milagros a que nos tiene acostumbrados Jesús. Pero de un relato que nos resulta un tanto incomprensible podemos quedarnos con una perla. Son las palabras de Jesús: "Soy yo, no teman". La presencia de Jesús tranquiliza a los discípulos, les da paz. En medio de la noche, cuando sentían la amenaza de la tempestad, suena la voz de Jesús invitándolos a no temer. Quizá sea un texto que deberíamos leer más a menudo cuando las tormentas y la oscuridad amenazan nuestras vidas.

Al llegar la noche, sus discípulos bajaron a la orilla y, subiendo a una barca, cruzaron el lago rumbo a Cafarnaún. Habían visto caer la noche sin que Jesús se hubiera reunido con ellos, y empezaban a formarse grandes olas debido al fuerte viento que sopla.

Habían remado como unos cinco kilómetros cuando vieron a Jesús que caminaba sobre el mar y se acercaba a la barca, y se llenaron de espanto. Pero él les dijo: "Soy Yo, no tengan miedo."

Quisieron subirlo a la barca, pero la barca se encontró en seguida en la orilla adonde se dirigían.

La escena es ya conocida. Es el mismo lugar y son casi los mismos hechos. Así se produjo la primera llamada a los apóstoles. Pero ahora el ambiente es diferente. Tiene algo de mágico. No es el mismo Jesús que aquel día un poco lejano ya los invitó a ser "pescadores de hombres". Han hecho un largo camino juntos. Se conocen muy bien. Las traiciones, los abandonos, etc. Por eso no hacen falta muchas palabras. Los pequeños gestos están llenos de sentido. Se saben las preguntas y las respuestas. Lo que quizá no esperaba Pedro es que Jesús terminase confirmándole su confianza: "Sígueme".



Ap 5,11-14
Jn 21,1-19

En aquel tiempo, el sumo sacerdote interrogó a los Apóstoles y les dijo: "Les habíamos ordenado no enseñar mencionando ese nombre, y han llenado Jerusalén con su doctrina y quieren hacernos responsables de la muerte de ese hombre." Pedro y los apóstoles replicaron: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, a quien ustedes ejecutaron colgándolo de un madero. (...) Prohibieron a los Apóstoles hablar en nombre de Jesús y los despidieron. Ellos se marcharon del tribunal contentos de haber sido considerados dignos de sufrir desprecios por el nombre de Jesús."

Hch 5,27-32,40-41

Nuevamente se apareció Jesús a sus discípulos en la orilla del lago de Tiberíades. Y se hizo presente como sigue: Estaban reunidos Simón Pedro, Tomás el Mellizo, Natanael, de Caná de Galilea, los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: "Voy a pescar." Contestaron: "Vamos también nosotros contigo." Salieron, pues, y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada.

Al amanecer, Jesús estaba parado en la orilla, pero los discípulos no sabían que era él. Jesús les dijo: "Muchachos, ¿tienen algo que comer?" Le contestaron: "Nada." Entonces Jesús les dijo: "Echen la red a la derecha y encontrarán pesca." Echaron la red, y no tenían fuerzas para recogerla por la gran cantidad de peces. El discípulo al que Jesús amaba dijo a Pedro: "Es el Señor." Apenas Simón Pedro oyó decir que era el Señor, se recogió los faldones de su vestido pues no tenía nada debajo, y se echó al agua. Los otros discípulos llegaron con la barca -de hecho, no estaban lejos, a unos cien metros de la orilla; arrastraban la red llena de peces. Al bajar a tierra encontraron fuego encendido, pescado sobre las brasas y pan. Jesús les dijo: "Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar." Simón Pedro subió a la barca y sacó la red llena con ciento cincuenta y tres pescados grandes. Y, a pesar de que hubiese tantos, no se rompió la red. Entonces Jesús les dijo: "Vengan a desayunar". Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle quién era, pues sabían que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan y se lo repartió. Lo mismo hizo con los pescados. Esta fue la tercera vez que Jesús se manifestó a sus discípulos después de resucitar de entre los muertos. (...)

Los que ocupan un cargo público en la Iglesia tienen una responsabilidad especial. De alguna manera, ellos son su aspecto más visible. A ellos se aplican de un modo especial estas parábolas de Jesús sobre la sal y sobre la luz. Ellos tienen que dar testimonio especial viviendo una vida acorde con el Evangelio. Si ellos se vuelven sosos o no dan luz, el resto de la Iglesia perderá también parte de su brillo y de su sabor. San Isidoro fue obispo en Sevilla en los primeros siglos de nuestra historia como Iglesia. Él supo ser sal y luz de su comunidad. Hoy sería bueno hacer una oración por nuestros obispos para que sean dignos sucesores de san Isidoro.

La gente que se había quedado al otro lado del lago se dio cuenta de que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había subido con sus discípulos en la barca, sino que éstos se habían ido solos. Mientras tanto algunas lanchas de Tiberiades habían atracado muy cerca del lugar donde todos habían comido el pan. Al ver que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, la gente subió a las lanchas y se dirigieron a Cafarnaúm en busca de Jesús.

Al encontrarlo al otro lado del lago, le preguntaron: "Rabbí (Maestro), ¿cómo has venido aquí?"

Jesús les contestó: "En verdad les digo: Ustedes me buscan, no porque han visto a través de los signos, sino porque han comido pan hasta saciarse. Trabajen, no por el alimento de un día, sino por el alimento que permanece y da vida eterna. Este se lo dará el Hijo del hombre; él ha sido marcado con el sello del Padre."

Entonces le preguntaron: "¿Qué tenemos que hacer para trabajar en las obras de Dios?" Jesús respondió: "La obra de Dios es ésta: creer en aquel que Dios ha enviado."

Le dijeron a Jesús: "¿Qué puedes hacer? ¿Qué señal milagrosa haces tú, para que la veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, según dice la Escritura: Se les dio a comer pan del cielo."

Jesús contestó: "En verdad les digo: No fue Moisés quien les dio el pan del cielo. Es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo. El pan que Dios da es Aquel que baja del cielo y que da vida al mundo." Ellos dijeron: "Señor, danos siempre de ese pan."

Jesús les dijo: "Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed."

El alimento es necesario para vivir. Pero no sólo de pan vive el hombre. No bastan los medios materiales. Nos hace falta una familia, relaciones humanas, cariño, manos amigas. Nos hace falta alguien que nos tienda una mano y nos salve del laberinto de nuestras limitaciones, pecados y pequeñeces. Ese es el pan de vida que es Jesús. El que nos levanta y nos abre nuevos horizontes de vida y esperanza. Por eso quien se acerca a él no pasará hambre y el que crea en él no pasará nunca sed. Jesús, presente en la eucaristía, en la misa de cada día, nos ofrece el verdadero alimento, el que, más allá del pan material, nos da la Vida.

Jesús dice a menudo que debe cumplir la voluntad del que lo ha enviado. Pero en el texto evangélico de hoy nos dice que la voluntad del que lo ha enviado, su Padre, es que no pierda nada de lo que le dio. A ver si nos convencemos de que la voluntad de Dios es salvadora, no condenadora. Dios no quiere que perezcamos sino que nos salvemos. Jesús, su enviado, ha venido para ofrecernos un futuro nuevo y más pleno, una vida mejor. El mal está en que a veces nos empeñamos en darle la espalda, en no aceptar su oferta. Nos cerramos el futuro, nos matamos a nosotros mismos. Pero la voluntad del Padre no cambia: él quiere nuestra vida.

Jesús le dijo a la gente: "Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed. Sin embargo, como ya les dije, ustedes se niegan a creer aun después de haber visto. Todo lo que el Padre me ha dado vendrá a mí, y yo no rechazaré al que venga a mí, porque yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y la voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo rescite en el último día. Sí, ésta es la decisión de mi Padre: toda persona que al contemplar al Hijo crea en él, tendrá vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día."

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los Profetas: Serán todos enseñados por Dios, y es así como viene a mí toda persona que ha escuchado al Padre y ha recibido su enseñanza. Pues, por supuesto que nadie ha visto al Padre: sólo Aquel que ha venido de Dios ha visto al Padre.

En verdad les digo: El que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de vida. Sus antepasados comieron el maná en el desierto, pero murieron: aquí tienen el pan que baja del cielo, para que lo coman y ya no mueran.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne, y lo daré para la vida del mundo."

Jesús se dirige a los judíos. Trata de convencerlos de que ante ellos se abre un futuro nuevo, un futuro de vida y esperanza. Basta con que abran los oídos y escuchen su mensaje. Entenderán entonces lo que es la vida eterna, la grandeza del amor de Dios. Hoy se dirige a nosotros y nos lanza el mismo mensaje. Tendremos futuro, tendremos vida, tendremos salvación con tal de que abramos los oídos, salgamos de nuestro pequeño y egoísta mundo y escuchemos su voz. Porque "el que cree tiene vida eterna". Día a día tenemos que abrir los oídos, escuchar a Jesús y poner en práctica su mensaje de amor. Entonces tendremos vida eterna.

Hch 9,1-20 Jn 6,52-59

Jesús habla de la Eucaristía. El pan y el vino son signos del cuerpo y la sangre de Jesús. Al comer el pan y beber el vino, entramos en comunión con Jesús; pero no sólo con Jesús. Entramos en comunión con el río de la vida, con la humanidad, con la naturaleza, con el cosmos. Todo es creación de Dios. Desde esa perspectiva es más fácil comprender el Reino. En el marco de la Eucaristía entendemos mejor que estamos llamados a vivir en comunión y fraternidad con todos el cosmos porque ya somos de hecho parte de la misma realidad multiforme y maravillosa que es la vida.

Los judíos discutían entre sí: "¿Cómo puede éste darnos a comer carne?" Jesús les dijo: "En verdad les digo que si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre vive de vida eterna, y yo lo resucitaré el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que es vida, me envió y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo. Pero no como el de sus antepasados, que comieron y después murieron. El que coma este pan vivirá para siempre." Así habló Jesús en Cafarnaúm enseñando en la sinagoga.